



MUJERES Y HOMBRES DE PRESTIGIO EN LOS TIEMPOS DE ARGANTONIO

PRESTIGIOUS WOMEN AND MEN IN THE TIMES OF ARGANTHONIOS

María BELÉN DEAMOS¹
Universidad de Sevilla

Resumen

En este trabajo se analiza la problemática historiográfica y arqueológica de las tumbas tartésicas consideradas “principescas” por los exclusivos depósitos fúnebres que contienen. Restos de vestidos de lujo, vajilla metálica, joyas, piezas de marfil y alabastro y, más excepcionalmente, armas de hierro y carros, resaltan la acumulación de bienes de prestigio y de riqueza por un grupo social minoritario que acaparó los beneficios del comercio colonial. Se fechan principalmente a lo largo del siglo VII a.C. y evidencian la adopción por parte de la aristocracia local de una ideología funeraria y una imagen del poder de modelo oriental que prosperó en distintas sociedades del Mediterráneo arcaico. En la parte final se destacan algunos ejemplos de sepulturas de mujeres y hombres de prestigio en las necrópolis del suroeste de Andalucía.

Palabras clave: Arqueología funeraria, Arqueología del Género, Tartessos, Sociedad, Aristocracia.

Abstract

This paper analyzes the historiographical and archaeological problems of the Tartessian tombs, often considered princely by the exclusive funeral deposits they contain. Certain remains, such as luxurious gowns, metal tableware, jewelry, ivory or alabaster objects and, more exceptionally, iron weapons and chariots, highlight the concentration of prestigious and expensive goods by a minority social group that also hoarded the colonial trade profits. The tombs are mainly dated to the 7th century BC and evidence the local aristocracy’s adoption of funerary and power ideologies following an eastern model that thrived in various societies of the ancient Mediterranean. The final pages highlight examples of tombs of prestigious women and men found in the necropolises of southwestern Andalusia.

Keywords: Funerary Archaeology, Gender Archaeology, Tartessos, Society, Aristocracy.

¹ Agradezco muy sinceramente la invitación de los coordinadores a participar en esta publicación y su generosa transigencia con los morosos.

1. INTRODUCCIÓN: PROBLEMÁTICA DE LA ARQUEOLOGÍA FUNERARIA TARTÉSICA

El título de esta contribución me fue propuesto por los coordinadores de esta obra cuando me invitaron a participar en ella, aunque me dieron libertad de decisión sobre el tema. Finalmente, me ha parecido bien mantenerlo en su versión original porque resulta preciso en relación al tiempo, al espacio y a los contextos que interesa analizar aquí. La referencia a Argantonio, al margen del debate que pone en entredicho la historicidad del personaje (Padilla, 2014), nos sitúa en el territorio que los griegos de época arcaica conocieron como Tartessos, en la franja atlántica meridional de la península ibérica (Ferrer y Prados, 2013: 407), y en los tiempos más prósperos del comercio mediterráneo en Occidente, que fueron los siglos VII y VI a.C. Las consecuencias que el contacto con otras culturas y los intercambios tuvieron en la economía y en la sociedad local han sido tratadas en múltiples trabajos desde diferentes posiciones teóricas y siempre tomando como principal fuente de información la arqueología funeraria, por considerar, aunque no sin reparos (v.g. Testart, 2007), que son las necrópolis los escenarios más elocuentes de la estructura social en las comunidades antiguas. No obstante, la investigación e interpretación de este registro plantea problemas que dificultan saber quiénes estaban enterrados realmente en los cementerios que llamamos tartésicos, a qué grupo étnico pertenecían, o qué sexo y edad tenían.

Desde las primeras tumbas excavadas a fines del siglo XIX en la comarca sevillana de Los Alcores por G. Bonsor (1899 [1997]²), al descubrimiento e intervención en la necrópolis de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla) a inicios del siglo XXI (Fernández Flores *et al.*, 2014), se ha ido reuniendo un rico registro empírico sobre las prácticas funerarias de entre los siglos VIII-VI a.C., caracterizadas por la diversidad tanto en los rituales, como en las estructuras sepulcrales y en la composición y valor de los equipos fúnebres que contienen³

Una abundante producción científica da cuenta de la arqueología funeraria en Tartessos (Ruiz Delgado, 1989; Sánchez Andreu, 1994; Torres, 1999, 2002, 2005 y 2017; Jiménez Flores, 2002; Beba, 2008) y de cómo han influido en la investigación las distintas corrientes teóricas que han marcado el desarrollo de la arqueología desde los años setenta del siglo XX (Krueger, 2009; García Fernández y Bellón, 2009; Celestino y Rodríguez González, 2017: 18-23). Todas ellas se han interesado de un modo u otro por las lecturas étnicas del registro funerario, un debate que se inició con el estudio pionero de

² La fecha más reciente es la de la traducción de la obra al castellano que es la que utilizamos en este trabajo.

³ Sobre el concepto de valor y cómo cuantificarlo a partir de los objetos depositados en las tumbas, *vid.* Krueger, 2008.

Bonsor, pero solo en las últimas décadas se han tambaleado los modelos tradicionales anclados en la dualidad indígenas *versus* fenicios (Delgado, 2014: 282). Darwinistas y postcolonialistas han terciado activamente en el debate con enfoques epistemológicos y metodológicos diferentes. En la interpretación evolucionista, la orientalización que se observa en el registro arqueológico de época tartésica es resultado del arraigo en Occidente de comunidades de origen próximo-oriental (Escacena, 2013: 168-9). En consecuencia, las necrópolis que hemos llamado tartésicas serían fenicias en su acepción genérica. La distinta procedencia de los colonos y su diferente capacidad de adaptación a nuevos entornos y contextos socioculturales, explicarían los procesos de variación identitaria que se expresan en las diferencias de prácticas funerarias (Escacena, 2011). La población residente con la que los orientales entraron en contacto habría seguido con sus costumbres ancestrales que solo cobrarían visibilidad con los hallazgos de armas arrojadas a los ríos y las estelas erigidas en tierra como monumentos de carácter cenotáfico (Escacena, 2017: 55). Por su parte, el enfoque teórico postcolonial enfatiza la necesidad de reconsiderar la participación igualitaria de indígenas y colonos en una situación de contacto colonial (Vives-Ferrándiz, 2006: 48). En esos casos de interacción se generan culturas híbridas y múltiples identidades nuevas. Después de una larga etapa de contactos -los fenicios llegaron a Tartessos más de cien años antes de las fechas del siglo VIII a.C. que damos a las tumbas tartésicas más antiguas-, algunos grupos serían tan mestizos que diferenciar a unos de otros resulta un empeño infructuoso e innecesario. Interpretaciones tan diferentes del proceso colonial han contribuido a restar visibilidad a la población de ascendencia occidental, ahora englobada en el término tartesio o tartésico junto con las comunidades orientales (Escacena, 2013: 140; Celestino y López-Ruiz, 2020: 327-329). Este planteamiento, reforzado por particulares lecturas de los textos literarios greco-latinos (Álvarez y Ferrer, 2009; Álvarez, 2010), ha tenido inmediata aceptación en la bibliografía especializada, de la que paralelamente ha ido desapareciendo el término “orientalizante”, tanto en su acepción cronológica, como cultural y artística (Celestino, 2008: 224), sin considerar la dimensión panmediterránea de un fenómeno que afectó también a la Europa interior y atlántica (Aubert, 2005: 119).

De esta criba historiográfica un tanto indiscriminada apenas se han librado, y no siempre, las tumbas de algunos personajes cuyos funerales fueron escenario de exaltación de su poder económico, social y político, sirviéndose para ello de un lenguaje simbólico de raíces orientales que prosperó entre los grupos dirigentes de distintas sociedades, principalmente mediterráneas, entre inicios del siglo VII y primera mitad del VI a.C. (Domínguez, 2007: 293; Riva, 2011: 86). Son un exiguo número comparado con centenares de enterramientos coetáneos más modestos que se etiquetan en general como tartésicos, asumiendo que pertenecerían a esa población mixta

(Celestino y Rodríguez González, 2017: 117) que escapa a cualquier intento de adscripción étnica (Belén, 2001: 60-67; Marzoli, 2019: 292).

Otros problemas que acusa la investigación de las necrópolis tartésicas son la falta de bases cronológicas que permitan fechar y ordenar de forma segura los datos arqueológicos y la escasez de estudios antropológicos. El primero no parece tener mucha solución de momento, ya que los inconvenientes que afectan a las dataciones radiocarbónicas para la Edad del Hierro Antiguo (Brandherm y Krueger, 2017: 300-302) y su incompatibilidad con las obtenidas por los sistemas tradicionales (Bartoloni, 2003: 27-29; Rouillard y Sourisseau, 2010) han hecho que muchos investigadores se aferren a estas últimas (Torres, 1999: 41). En el caso de las tumbas aristocráticas, su datación se ha basado casi exclusivamente en apreciaciones de carácter tipológico y estilístico que no aportan una gran precisión cronológica, de ahí que a veces las fechas oscilen de modo significativo de un autor a otro (*cf.* Quesada, 2008: fig. 11; Torres, 1999: 175-176; Beba, 2008: fig. 86). La experimentación de nuevos métodos de datación radiocarbónica sobre huesos cremados, que minimizan los efectos negativos de la llamada meseta de Hallstatt, quizás ayude a conseguir anclajes cronológicos más firmes en un futuro próximo, pero su aportación al tema que tratamos no ha sido significativa de momento (Brandherm y Krueger, 2017).

En cuanto a los estudios antropológicos, imprescindibles en la investigación de las necrópolis cuando se trata de asociar a un género u otro los objetos que integran los ajuares, hemos de señalar carencias importantes. Inexistentes en los comienzos de la arqueología funeraria tartésica, a mediados los ochenta se publicaba un trabajo pionero de las inhumaciones del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), en la periferia nororiental de Tartessos (Torrecillas, 1985), al que siguió diez años más tarde el de las cremaciones de los túmulos A y B de Setefilla (Sevilla) (Aubet, 1995). Algunos datos se han adelantado del estudio de los escasos y deteriorados restos óseos de La Joya, en Huelva, basado sobre todo en las inhumaciones (Garralda y Muñoz, 1997; Garrido *et al.*, 2000), y de los enterramientos excavados en los años noventa en la Cruz del Negro, la necrópolis urbana de Carmona (Amores y Fernández Cantos, 2000), pero de momento solo se ha publicado completo el estudio antropológico de las tumbas de La Angorrilla, que comprende 54 inhumaciones y 12 cremaciones (Fernández Flores *et al.*, 2014; López Flores, 2014). Este trabajo, junto con los del Cerrillo Blanco citado y Medellín en el Guadiana extremeño (Reverte, 2008), necrópolis ambas consideradas culturalmente tartésicas, han corroborado algunas coincidencias entre ajuar, sexo y edad de los enterrados que se podrían hacer extensivas a otros contextos funerarios, sin perder de vista que este método comporta riesgos de atribución sexual errónea que solo un buen estudio antropológico puede evitar (Boissinot, 2008).

2. ESCENARIOS Y SIGNOS DEL PODER

En la jerárquica sociedad tartésica que percibimos a través de la arqueología funeraria destacan como sectores privilegiados los grupos connotados como elites o aristocracias, a cuya cabeza se sitúan individuos preeminentes a los que en la historiografía se designa como jefes, príncipes o reyes según las distintas interpretaciones sobre la organización política del poder en la época. Sus tumbas se fechan en su totalidad a lo largo del s. VII y primeras décadas del VI a. C., tiempo después de que se inauguraran los primeros espacios de enterramiento comunitario que conocemos para el Hierro Antiguo en esta región suroccidental (Torres, 2017: 366). Se localizan en los centros de mayor dinamismo económico, en el litoral o en tierras del interior próximas a la costa antigua (Fig. 1). Ocupan un lugar destacado en las necrópolis o se levantan aisladas en la periferia de los asentamientos como referentes paisajísticos y emblemáticos. Individuales o dobles, de cremación o de inhumación, son los sepulcros de una minoría social que convirtió el ámbito funerario en escenario de exhibición de su poder económico, social y político.



Figura 1. Territorio, asentamientos y necrópolis en Tartessos (Cartografía de F. Sánchez-Eosgis, para RBA).

En un trabajo que ya es un clásico, la profesora Aubet (1984) caracterizó a las aristocracias tartesias a través de los signos -la “iconografía del poder”- con los que quisieron representar su ideal de vida, su estatus y su rango. De las 12 sepulturas consideradas “principescas” por la autora, nueve se localizan en esta región suroccidental que fue el núcleo del territorio tartésico. Ese conjunto, diverso en el ritual de tratamiento del cadáver, le permitió definir los rasgos que distinguen a estas tumbas: su visibilidad externa, su estructura y los ajuares que contenían. Además de una buena muestra de piezas de orfebrería, costosos envases de alabastro para ungüentos, ánforas para vino y aceite, reúnen otros objetos de carácter exclusivo, indicativos del prestigio y estatus social privilegiado de los personajes enterrados. Como hecho diferencial respecto a un pasado no lejano en el tiempo, Aubet (1984: 451) señala la rara presencia de armas en ellas, un dato ilustrativo de cómo cambió la ideología y la imagen del poder respecto a las aristocracias guerreras de las estelas, que en su proyección más meridional tuvieron un desarrollo en parte coetáneo (Celestino, 2008: 181).

Nuevos hallazgos han ampliado posteriormente el número de tumbas merecedoras del título que la historiografía les ha otorgado (Martín, 1996; Torres, 1999: 187), fueran o no de progenie regia los que en ellas se enterraron. En la última obra monográfica sobre el tema (Beba, 2008), las sepulturas de época tartésica del suroeste andaluz se agrupan en tres categorías según su forma estructural y la composición del depósito fúnebre. En las más sencillas, algunos platos fenicios de engobe rojo son el único signo de distinción. Colinas tumulares de dimensiones discretas, joyas, pequeños objetos fabricados en marfil o hueso, cuchillos de hierro y envases que revelan el consumo de vino y de perfumes, caracterizan a las tumbas ricas, pero ninguna puede compararse a las 16 que el autor clasifica como principescas -*Fürstengräber*-, en unos casos solo por su arquitectura y en los más por sus ajuares (Beba, 2008: 36 y fig. 6) (Fig. 2).

Abundan en ellas los elementos de vajilla metálica⁴, ausentes en las categorías inferiores, y sobre todo un juego de jarro piriforme y recipiente abierto con asas, de poca profundidad, cuya equívoca denominación como “braseo” o “braserillo” sigue teniendo vigencia, pese a que su función como recipiente para quemar ha sido descartada a favor de su empleo en rituales de libación o en ceremonias lustrales (Ruiz de Arbulo, 1993; Jiménez Ávila, 2002: 130-137 y 2014: 530-531), de ahí que con principales, dentro y fuera del territorio propiamente tartésico, explica que este equipo ritual se adscriba a enterramientos de personajes de la mayor relevancia social,

⁴ Utilizamos el término vajilla con la acepción de “(...) vasos y recipientes que, en virtud de su morfología, podrían haberse incorporado a las necesidades de la mesa, independientemente de que ésta hubiera sido o no su función primigenia” (Jiménez Ávila, 2006-07: 300).

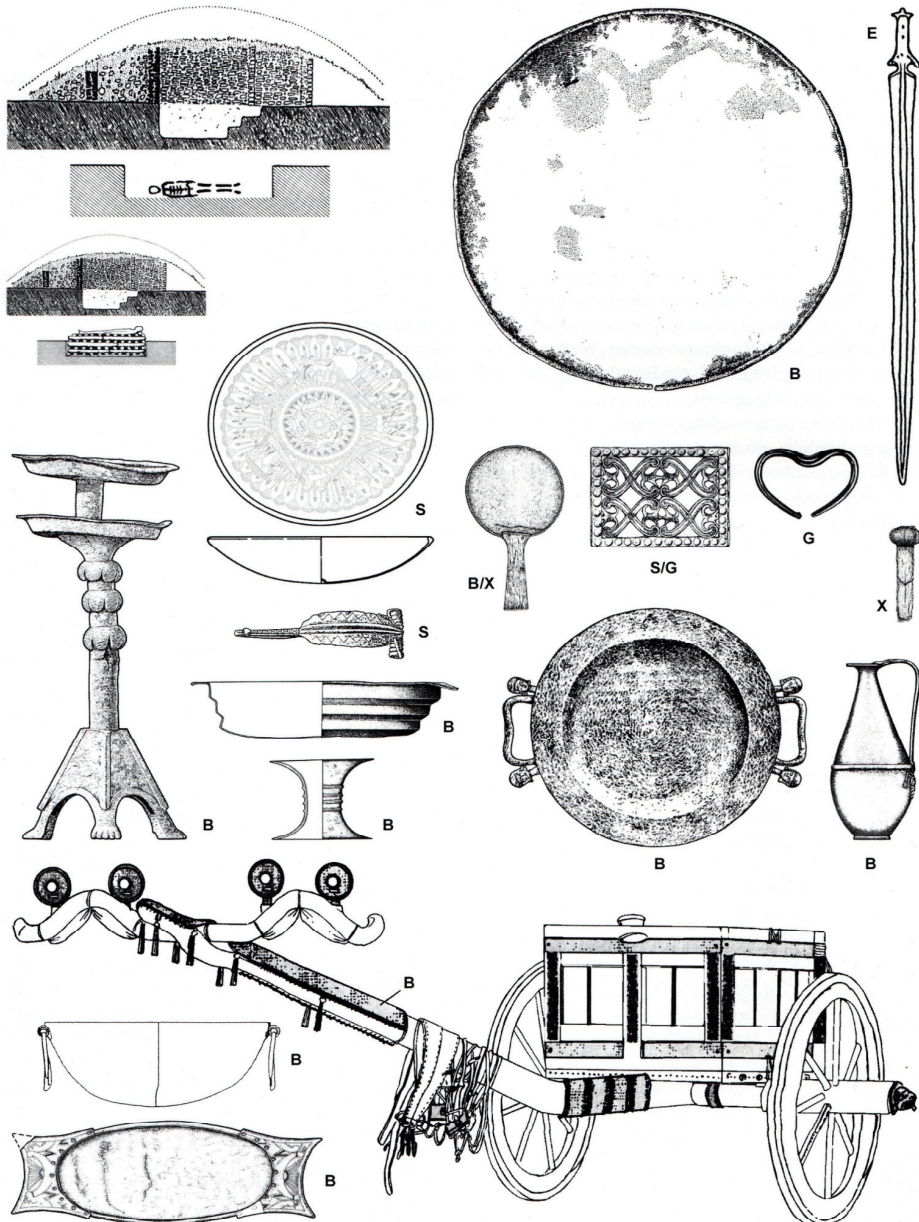


Figura 2. Atributos de prestigio y estatus en las tumbas “principescas”, según Beba, 2008: fig.6 (B: bronce; E: hierro; G: oro; S: plata; X: marfil).

individuos de *estirpe regia* (Jiménez Ávila, 2002: 101), incluso cuando la estructura sepulcral es sencilla y el ajuar no reúne otros indicadores claros de gran riqueza. Este es el caso de la tumba 30 de la necrópolis de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla), la última que se ha sumado al catálogo conocido, una sencilla fosa excavada en el suelo que acogió los restos inhumados de un adulto de casi 40 años y un ajuar compuesto de jarro y aguamanil, este último situado en posición invertida sobre la cabeza del difunto, un peine de marfil y una ofrenda de carne de *Bos taurus* (Fernández Flores *et al.*, 2014: 160-162). La asociación del conjunto de jarro y jofaina a un individuo de sexo probablemente masculino, determinado mediante estudio antropológico (Fernández Flores *et al.*, 2014: 162; López Flores, 2014: 577), se sumaría a otros argumentos sobre el carácter de marcador sexual que pudo tener la vajilla de bronce durante la etapa tartésica (Jiménez Ávila, 2002: 101 y 358).

Indicativos del alto estatus de los personajes sepultados en las tumbas tartésicas más ricas son también marfiles (cajas, peines, paletas cosméticas) y frascos de alabastro, considerados igualmente como emblemas de la condición regia de sus poseedores reconocida por los mercaderes fenicios (Frankenstein, 1997: 186-187), así como joyería y vestidos de lujo que parecen propios de enterramientos femeninos (Jiménez Ávila, 2002: 358), aunque en ningún caso pueden compararse en magnificencia al conjunto de la controvertida tumba de Aliseda (entre otros: Almagro Gorgea, 1977: 219-230; Aubet, 1984: 450-451; Perea, 2006; Jiménez Ávila, 2012: 229; vs: Celestino, 2008: 296-300; Rodríguez Díaz *et al.*, 2015: 215- 223).

El bajo Guadalquivir antiguo y el estuario del Tinto-Odiel concentran el mayor número de tumbas “principescas” documentadas hasta hoy en Tartessos. Erigida sobre una meseta rocosa que se eleva en el extremo norte de la comarca de los Alcores (Sevilla), la hegemónica *Carmo* dominó un amplio territorio de gran potencial agropecuario y los caminos que discurrían entre el litoral y el interior del valle. Su temprana incorporación al comercio colonial y la presencia estable de grupos de población oriental impulsaron la rápida adopción de las novedades tecnológicas e ideológicas que traían consigo. La estructura del hábitat, la composición de los repertorios cerámicos y las tumbas de la necrópolis urbana de la Cruz del Negro dan testimonio de la interacción cultural derivada de un contacto estrecho. En lugar aparte se enterraron las elites del lugar, cuyas sepulturas, aisladas (Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez) o en grupos (Campo de las Canteras y El Acebuchal), se hacen visibles en las colinas artificiales -los túmulos- que las cubren.

Otro centro importante en las redes de intercambio de época tartésica fue Setefilla (Lora del Río, Sevilla). Situada en las estribaciones meridionales de Sierra

Morena, tenía un amplio control visual sobre las tierras del valle y los caminos que a través de la serranía conducían a los cotos mineros próximos y comunicaban con la Meseta. La necrópolis se emplaza a unos 900 m del poblado, separada del asentamiento por un barranco al fondo del cual discurre un arroyo. De los 10 túmulos dispersos en una extensión de unas 6 ha, los nominados como A y B (Aubet, 1975 y 1978) cubren espacios de enterramiento colectivo, que en el caso del primero precede a la construcción posterior de una cámara monumental que justifica por sí misma su clasificación entre las tumbas de mayor rango (Aubet, 1975: 57-60). Este y otros túmulos considerados principescos, cuatro en total, se habían expoliado antes de que se excavaran en la segunda década del siglo XX, lo que conllevó la pérdida de datos importantes para la interpretación de las tumbas (Bonsor y Thouvenot, 1928).

En la franja costera, la necrópolis de La Joya, hoy incluida en el núcleo urbano de Huelva, concentra seis de las 16 tumbas clasificadas en la máxima categoría, fechadas a lo largo del siglo VII a.C., la mayoría en su primera mitad (Beba, 2008: fig. 86), lo que ha llevado a considerarla como el cementerio de la aristocracia local de su época (Celestino, 2014: 181 y 184). Para entonces, el emporio de la antigua *Onoba* se había consolidado como puerto de comercio de los metales que se obtenían de los cotos mineros del Andévalo y centro artesanal en el que concurrían gentes y mercancías llegadas de todo el Mediterráneo, sobre todo fenicios y griegos, que tenían infraestructuras mercantiles y comunidades estables para atenderlas. Esta población multiétnica generó distintos sectores de enterramiento (Garrido y Orta, 1989) de los que solo el de La Joya, en el que no se excluye que pudieran enterrarse también fenicios nacidos ya en el lugar (Celestino, 2014: 186), se ha excavado en relativa extensión. El cementerio dista unos 500 m del hábitat de su época y ocupa un cerro de 56 m s.n.m cuya topografía original ha quedado alterada y reducida por la erosión, actividades agrícolas y la expansión urbanística⁵. El sustrato geológico en el que se excavaron las 19 tumbas publicadas (Orta y Garrido, 1963; Garrido, 1970; Garrido y Orta, 1978), un conglomerado cuaternario de gran dureza, no facilitó el trabajo de campo, ni la conservación de los restos óseos. Eso explicaría que la información que tenemos resulte a veces confusa, hasta el punto de no quedar claro si el cadáver fue inhumado o cremado o si eran tumbas individuales o dobles. Tampoco se sabe, salvo alguna excepción, el sexo y la edad de los enterrados (Garralda y Muñoz,

⁵ El interés por integrar el cabezo en el planeamiento urbanístico ha condicionado los distintos proyectos de intervención arqueológica que se han llevado a cabo en el yacimiento desde los años sesenta del siglo pasado. En los últimos trabajos, realizados en 2019, al parecer se han documentado 14 nuevas tumbas, pero ninguna de rango principesco (huelva24.com/art/130062/aparecen-14-nuevas-tumbas-tartesicas-en-el-cabezo-de-la-joya, 27 de septiembre de 2019). Finalmente, parece que otros intereses se han impuesto sobre los de la investigación y en el yacimiento se construirán elevadas torres de viviendas, según una reciente noticia de prensa: <https://el-pais.com/cultura/2021-06-07/cuatro-torres-de-cemento-tapan-la-gran-necropolis-tartesica-de-huelva.html>.

1997; Garrido *et al.*, 2000: 1808). Más al norte, en la periferia urbana del parque Moret, se sitúa otro sector de enterramientos en el que se localizaron cinco túmulos, de los cuales se han excavado parcialmente dos. El hallazgo de un conjunto metálico en bronce formado por jarro de tipo “rodio”, aguamanil con un asa y caldero, además de una espada de hierro, ha llevado a incluir el túmulo 2 en el catálogo de las tumbas principescas más tardías (Garrido y Orta, 1989: 36-40; 2005; Torres, 1999: 63; Beba, 2008: 72-79).

A continuación comentaremos con mayor detalle algunos ejemplos que considero representativos de estas tumbas aristocráticas, porque con ser una minoría en la arqueología funeraria de su tiempo, son inabarcables en el espacio aquí disponible.

3. HOMBRES Y MUJERES DE PRESTIGIO

Las primeras tumbas de rango aristocrático conocidas en el suroeste tartésico se descubrieron a fines del siglo XIX en el entorno de la ciudad de Carmona. En 1894 J. Bonsor excavó en la periferia de la ciudad el túmulo de Alcantarilla y a unos 6 km en dirección NE el de la Cañada de Ruiz Sánchez. Ambos contenían los restos de una cremación *in situ*, al parecer, de una sola persona y se cubrían con una colina artificial que destacaba en el relieve suave de las terrazas del Guadalquivir. El primero (Bonsor, 1997 [1899]: 41-44; Sánchez Andreu, 1994: 197-206; Torres, 1999: 79; Beba, 2008: 182-183), tiene un diámetro de 30 m y 4 de altura. Junto con los restos de la cremación, se hallaron restos de tejidos, uno grueso liso, otro ligero plisado y con los bordes calados, que C. Alfaro (1984: 144-146, lám. XXIX-XXXII) identifica con una túnica femenina hecha con tela importada de Oriente. La indumentaria debió completarse con botones, apliques metálicos y trenzas de esparto.

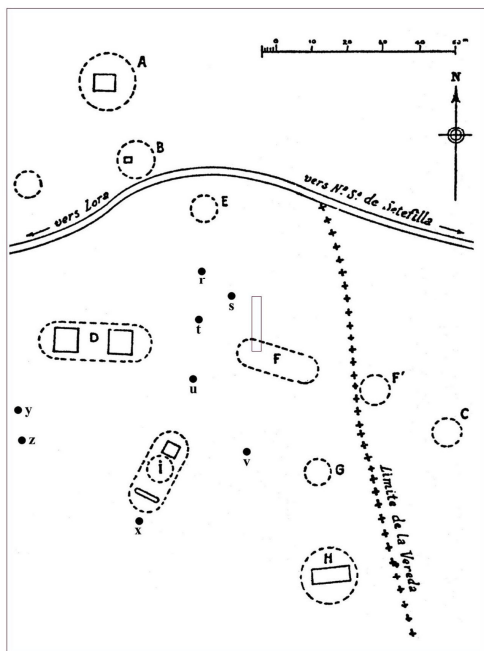
El ajuar incluye una exclusiva paleta de ungüentos tallada en marfil, la de mayor tamaño y más rica en su género (Almagro Gorbea, 2008: 408) y una especie de punzón del mismo material que podría estar relacionado con la producción textil, una actividad propia de la mujer en el mundo antiguo de la que dan cuenta la literatura épica griega y la arqueología (v.g. Riva, 2011: 114-117). A falta de datos antropológicos, la opinión de la experta sobre los restos de tejidos y el posible uso en tareas textiles del punzón nos llevó a considerar esta tumba como probablemente femenina (Belén, 2012: 190).

El túmulo de La Cañada de Ruiz Sánchez (Bonsor, 1997 [1899]: 45- 47; Sánchez Andreu, 1994: 225-233; Torres, 1999: 79; Beba, 2008: 182-183) es de menor tamaño que el anterior (16 por 3,60 m de altura). El cadáver se quemó en una fosa de 1,55 m de profundidad y sus restos quedaron *in situ* junto con el ajuar fúnebre, compuesto por un juego de pátera y jarro piriforme de bronce, una barra de hierro con pequeñas bolas en

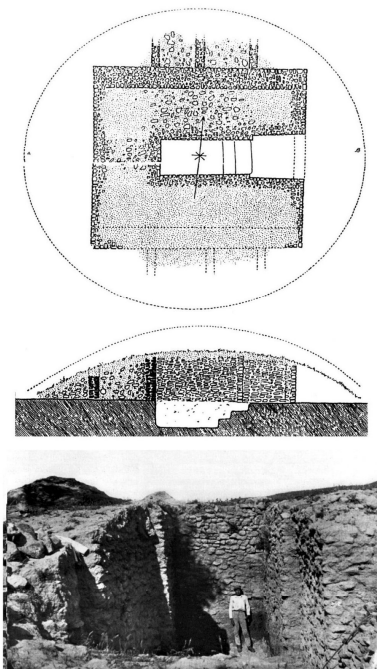
los extremos y dos puntas de lanza. La presencia de armas debió dar a Bonsor la seguridad de que la tumba pertenecía a un varón y como tal lo representó en la reconstrucción gráfica con la que ilustra el enterramiento (Bonsor, 1997 [1899]: 45, fig. 57). Estudios antropológicos han permitido comprobar que con mucha frecuencia las tumbas con armas son masculinas, aunque no siempre (Quesada, 2012: 323, 352 y 355) y en el mismo sentido apunta el conjunto metálico de jarro y aguamanil, según hemos comentado *supra*.

Con parecidos argumentos que en el caso de la tumba de Alcantarilla, esta vez reforzados por la presencia de joyas y otros objetos personales de carácter femenino, sugerimos que en el túmulo H de Setefilla (Bonsor y Thouvenot, 1928: 21-25; Torres, 1999: 88-89; Beba, 2008: 109-114) podría estar inhumada al menos una mujer, ya que algún autor alude a inhumaciones en plural (Martín, 1996: 9; *cf.* Belén, 2012: 191). La colina tumular, de 20 m de diámetro y 2,50 m de altura, destaca por su mayor tamaño y su posición en el extremo sur de la necrópolis, a cierta distancia de los túmulos más cercanos (Fig. 3, 1). Cubría una cámara construida única en esta región peninsular (Fig. 3, 2) y más monumental que la del túmulo A de la misma necrópolis (Aubet, 1975: 66-71). El ajuar contenía, además de un soporte y un cuenco hemisférico de bronce (Fig. 3, 3 y 4), una fusayola y un huso de marfil (Fig. 3, 6: 19-29), una arracada de oro como las del conjunto de Aliseda, un colgante de esmalte azul, cuentas de ámbar, un estuche porta amuletos (Fig. 3, 5) y una caja con cantoneras y adornos de hueso (Fig. 3, 6: 11-12), como la que en la necrópolis de Bencarrón se utilizó como urna de una cremación probablemente femenina (Maier, 1996: 163, fig. 9).

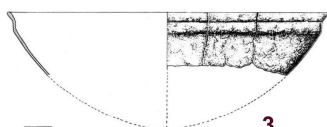
En esta región del Guadalquivir inferior, además de sepulturas individuales femeninas y masculinas, hay tumbas dobles que podrían ser de parejas unidas por vínculos conyugales, como: del Túmulo G del Acebuchal (Bonsor, 1997 [1899]: 22-23 y fig. 5; Sánchez Andreu, 1994: 145, 158 y fig. 36; Torres, 1999: 74-75; Beba, 2008: 99-103), que destaca aislado en el sector oeste de la necrópolis y cubría una fosa con paredes de mampostería, de 3,05 por 1,04 y 1,10 m de profundidad (Fig. 4). La diferente estatura de las dos personas inhumadas en la cámara llevó a Bonsor a suponer que eran hombre y mujer, pero el ajuar es poco expresivo a ese respecto. El huevo de avestruz (Fig. 4, 1) es un elemento de connotaciones escatológicas y estaba situado entre los dos cadáveres. El resto (Fig. 4, 2-7) son complementos de la indumentaria indicativos de estatus, una fibula de plata, elementos de dos cinturones, uno de plata incompleto, otro de bronce con adornos de oro, perlas y “vestigios de un tejido áureo” (Bonsor, 1997 [1899]: 23). Los broches de placa romboidal y pieza hembra serpentiforme, considerados de origen griego (Jiménez Ávila, 2002, 319 y 367) se asocian a enterramientos de varones adultos en Medellín y en La Angorrilla (Ferrer y Bandera, 2014: 413). Las fibulas aparecen tanto en enterramientos masculinos como femeninos.



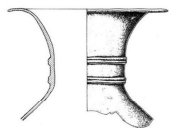
1



2



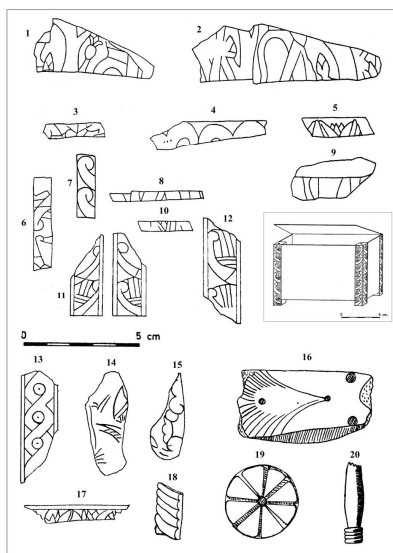
3



4



5



6

Figura 3. 1. Localización del túmulo H en la necrópolis de Setefilla (Lora del Río); 2. Planta y alzado de la cámara; 3-6. Ajuar fúnebre (a partir de Beba, 2008: figs. 70-73).

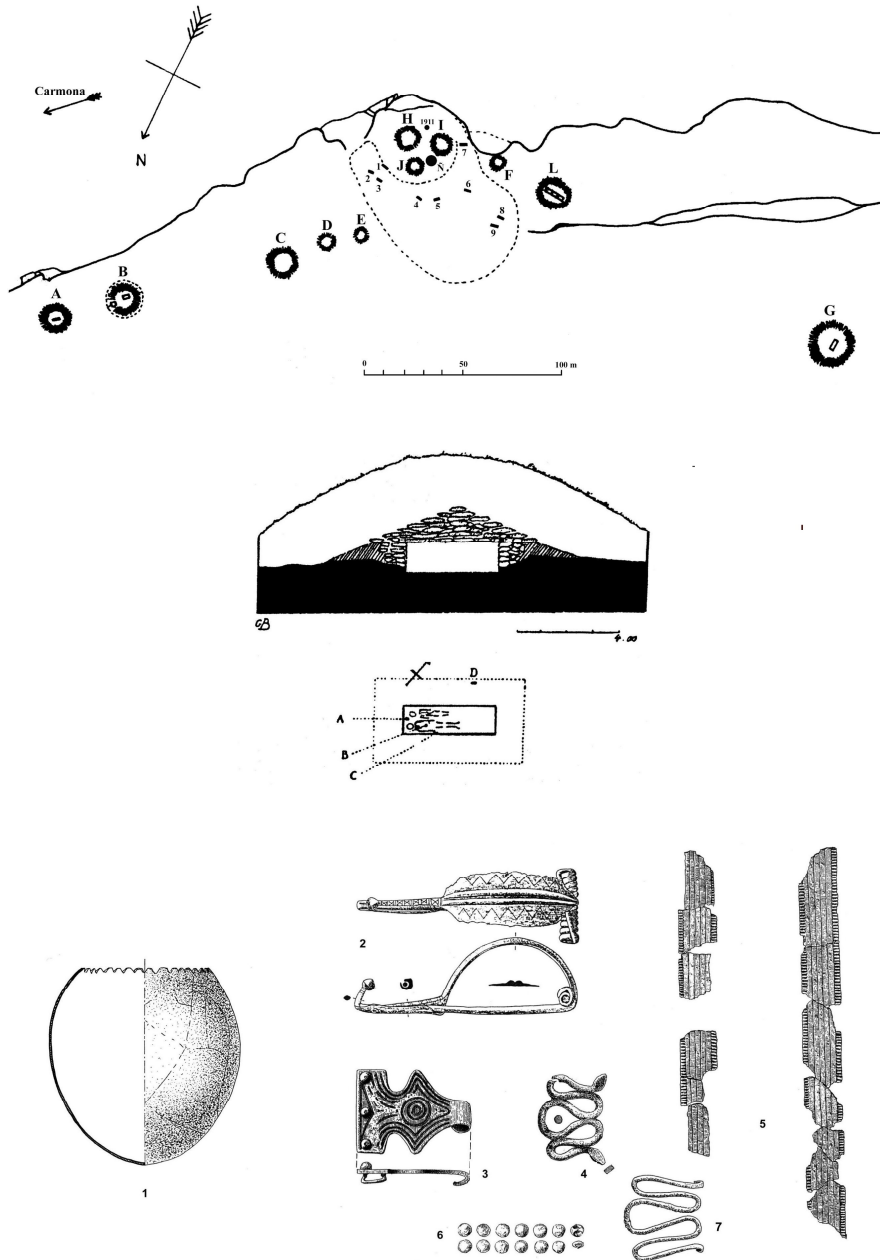


Figura 4. Necrópolis del Acebuchal (Carmona). Túmulo G, cámara y ajuar (a partir de Sánchez Andreu, 1994: figs. 36-37 y Beba, 2008: figs. 60-62).

En la provincia de Huelva, el túmulo de El Palmarón es un monumento aislado en la periferia rural de la ciudad de Niebla, en la margen opuesta del río Tinto, a 3 km del hábitat (Belén, 1995; Torres, 1999: 64-65; Beba, 2008: 65-71). Su arquitectura y la composición del equipo fúnebre plantean problemas de interpretación, pero destaca por ser el único enterramiento cuyo ajuar comprende, además del juego de jarro y recipiente abierto con asas de manos (Fig. 5: 1 y 2), una espada de hierro y dos lanzas del mismo metal con sus regatones (Farnié y Quesada, 2005: 53-55) (Fig. 5, 7-11). Del resto del ajuar merece destacarse una doble placa de un cinturón, calada y decorada con un motivo vegetal de carácter simbólico (Fig. 5, 4), un mango pequeño de plata (Fig. 5, 4), cuentas de collar de oro y una pátera de plata, que el párroco Cristóbal Jurado paralelizó con un ejemplar conservado en los Museos Estatales de Berlín (Belén, 1995: 362). La pieza ha sido localizada por S. Beba (2008: fig. 34:3) y es un cuenco “fenicio-chipriota” de borde entrante decorado con una roseta multipétala central rodeada de escenas nilóticas (Fig. 5, 3). De dar crédito al hallazgo de una diadema de plata (Torres, 1999: 65), me inclinaría por considerar el túmulo de El Palmarón como una tumba doble, masculina y femenina.

Como decíamos páginas atrás, el mayor número de tumbas de categoría principesca se descubrió al excavar el cabezo de La Joya, en Huelva, durante los años 60 y 70 del siglo pasado. Era la primera vez que se intervenía en un contexto funerario con metodología arqueológica, pero los resultados no respondieron por completo a las expectativas de la investigación. La naturaleza del terreno complicó el trabajo de campo y el registro de los contextos funerarios, creando lagunas de información en temas tan esenciales como los rasgos antropológicos de la población enterrada.

En la parte superior de la colina, las tumbas se distribuyen de forma que no parece aleatoria. Todas ellas se disponen a ambos lados de un amplio corredor que conduce hasta la tumba 17, que queda aislada en el extremo norte de esta zona más alta y podría haber articulado su entorno espacial (Fig. 6, 1). Esta era una fosa rectangular, la mayor que se conoce en territorio tartésico (4,30 por 2,45 m), y se ha supuesto que pudo contener una cámara de madera y estar cubierta y señalada con un túmulo del que nada queda, al modo de los documentados en Setefilla y la región de Los Alcores en la provincia de Sevilla y en el sector Santa Marta/Parque Moret de la misma ciudad de Huelva. Es sin duda la más rica de las tumbas de época tartésica, pero hemos de lamentar la confusa información que tenemos sobre el ritual de enterramiento. Los excavadores dicen textualmente que “es una sepultura al parecer de inhumación, aunque no faltan indicios de cremación”, que es la opción por la que se inclinan finalmente (Garrido y Orta, 1978: 19 y 63), sin contemplar la posibilidad de que se tratara de una tumba doble.

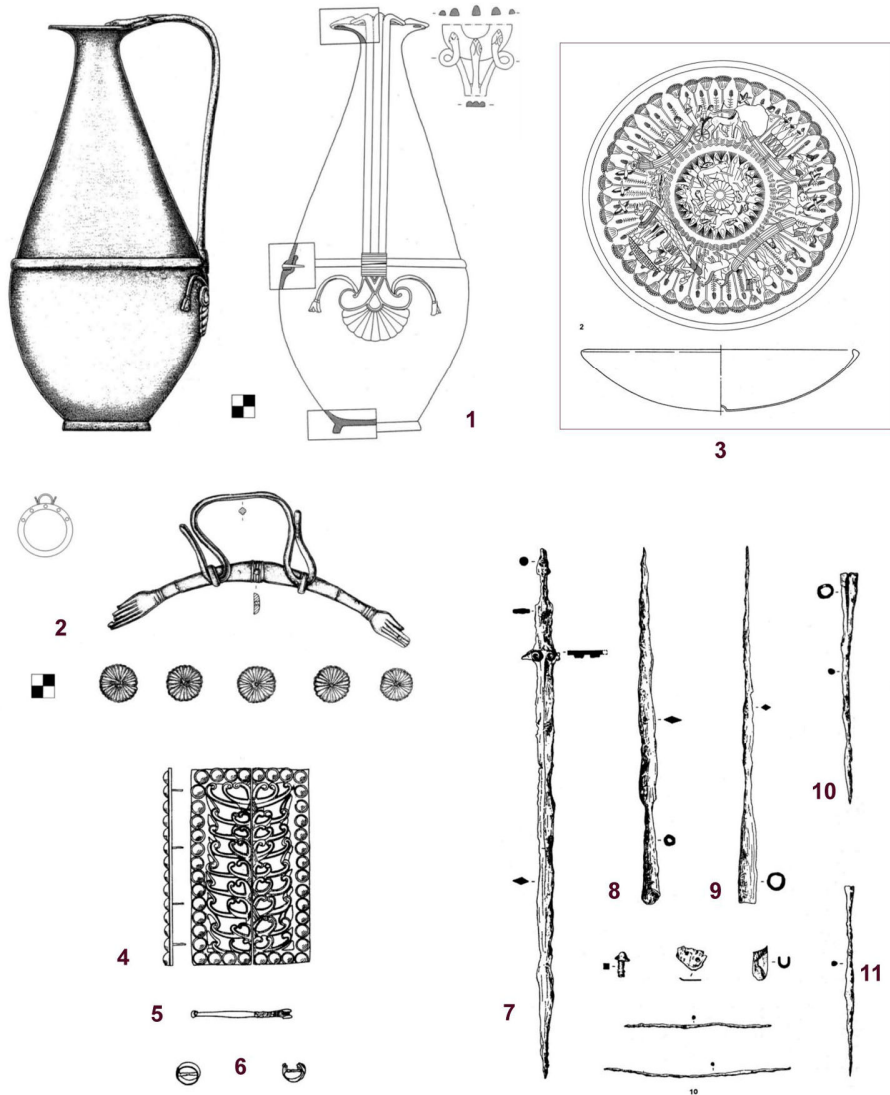


Figura 5. Ajuar del túmulo de El Palmarón (Niebla, Huelva). 1 y 2. Jarro piriforme y aguamanil de bronce (Jiménez Ávila, 2002: láms. III: 6 y IV: 6); 3. Cuenco fenicio-chipriota del Staatliche Museen de Berlin (cortesía de S. Beba); 4-11. Broche de cinturón, mango y armas (Belén, 1995: fig. 7).

Los materiales que componían el ajuar, con diferencia el más rico en cantidad, variedad y cualidad de los hallados hasta hoy en una sepultura de época tartésica

(Quesada, 1998: 83-86, fig. 12), se distribuían en dos lotes dejando un amplio espacio entre ambos (Garrido y Orta, 1978: 63-4, fig. 33) (Fig. 6, 3). En la esquina suroeste se depositó un conjunto compuesto por un jarro piriforme, jofaina de escasa profundidad, con un asa, y un timiaterio de bronce, todo ello con una decoración a juego de flores de loto invertidas (Fig. 7, 1-3), además de dos soportes metálicos (Fig. 7, 4-5), un broche de cinturón de tres garfios completo y un espejo circular de bronce con mango de hueso (Fig. 7, 6). En los lados norte y este de la cámara se acumulaban los elementos de la estructura y adornos metálicos de un carro ligero de dos ruedas (Fig. 8, 1-3) flanqueado por dos ánforas fenicias de tipo 10.1.2.1 (Fig. 9, 5), como el resto de los ejemplares recuperados en otras tumbas de esta necrópolis (Ramon, 1995: 89). Desperdigados por el suelo se encontraron los arneses de los caballos y los pasarriendas (Fig. 8, 4,5,8), dos frascos de alabastro para aceites perfumados (Fig. 7, 7 y 8), una arqueta con tapa y estructura de marfil sostenida por cuatros figuras humanas de aspecto egipcio, bisagras de plata para accionar la tapa y esquineras de bronce en la estructura (Fig. 7, 9), dos cuchillos de hierro con cachas de marfil y remaches de plata (Fig. 7, 10) y un total de 19 platos o cuencos, cuatro a torno (Fig. 9, 6-8) y 15 a mano (Fig. 9: 9-11). Probablemente las piezas más delicadas, como el pequeño cofre, los envases de alabastro y parte de la vajilla cerámica, se alojaron sobre la caja del carro, hecha con madera de nogal. Este último, el único ejemplar completo que se conoce en el ámbito tartésico, representa la máxima expresión del prestigio, estatus y alto rango de la persona enterrada. Sus características no encajan totalmente en los modelos conocidos en Oriente Próximo y en el Mediterráneo, y tampoco está claro si fue un vehículo ceremonial y de representación amortizado en la tumba o si sirvió para el transporte del cadáver hasta el lugar donde recibió sepultura (Jiménez Ávila, 2002: 213-233 y 2018: 183-215; Quesada, 2005: 48 y 2008: 302-304).

La fantasía popular ha visto en la tumba 17 la del mismísimo Argantonio pero, anécdota aparte, lo cierto es que el hallazgo de restos quemados e inhumados podría apuntar a que fuera una sepultura doble, aunque no vemos en el ajuar signos inequívocos que apoyen tal suposición (Belén, 2012: 180).

Un carro incompleto se depositó también en la tumba 18 (Jiménez Ávila, 2002: 222-223), y el equipo ritual de jarro y aguamanil se repite en las tumbas 5, 9, y 18 (Garrido, 1970; Garrido y Orta, 1978; Beba, 2008: 79-83, 86-94 y 55-65, respectivamente), todas ellas situadas en el flanco oeste de la zona de paso que divide en dos este sector de la necrópolis.

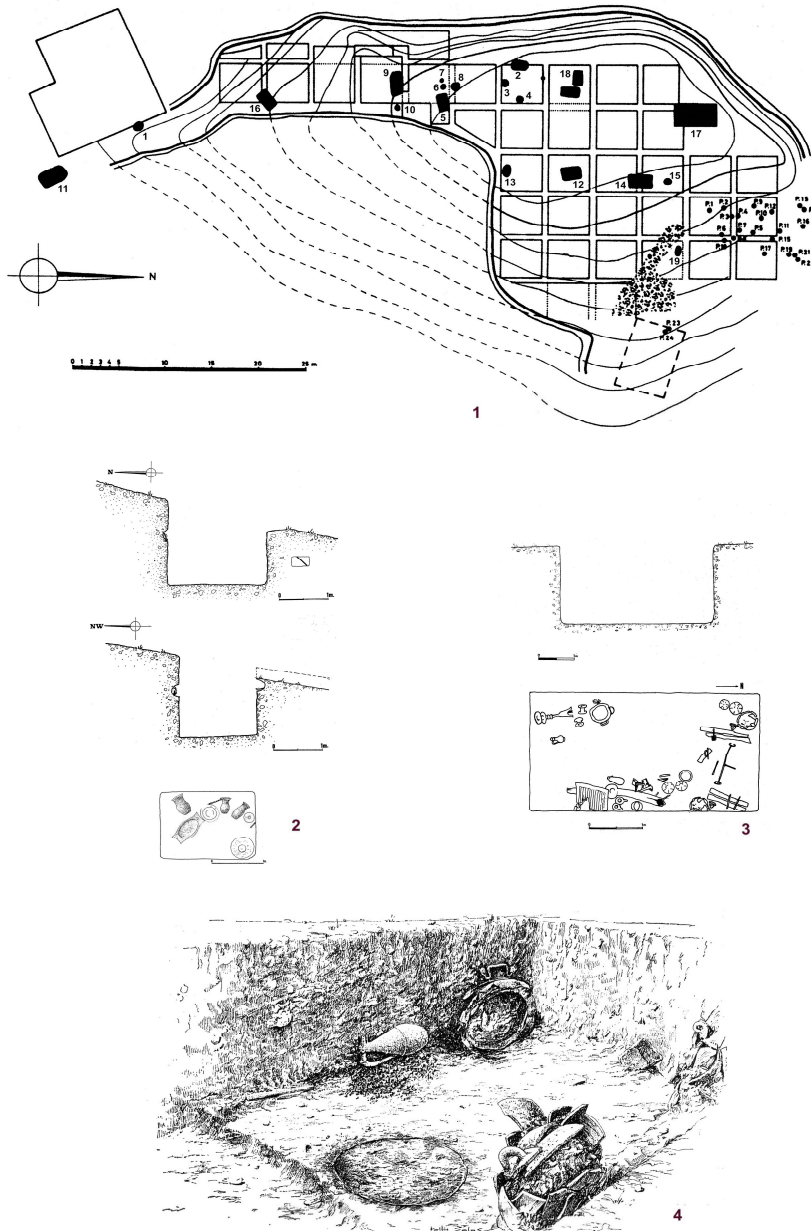


Figura 6. 1. Plano de la necrópolis de la Joya (Huelva); 2 y 3. Plantas y secciones de las tumbas 16 y 17 y posición del equipo fúnebre en el interior de la tumba 18 (según Garrido y Orta, 1978: figs. 5, 23-24, 33 y 78, respectivamente).

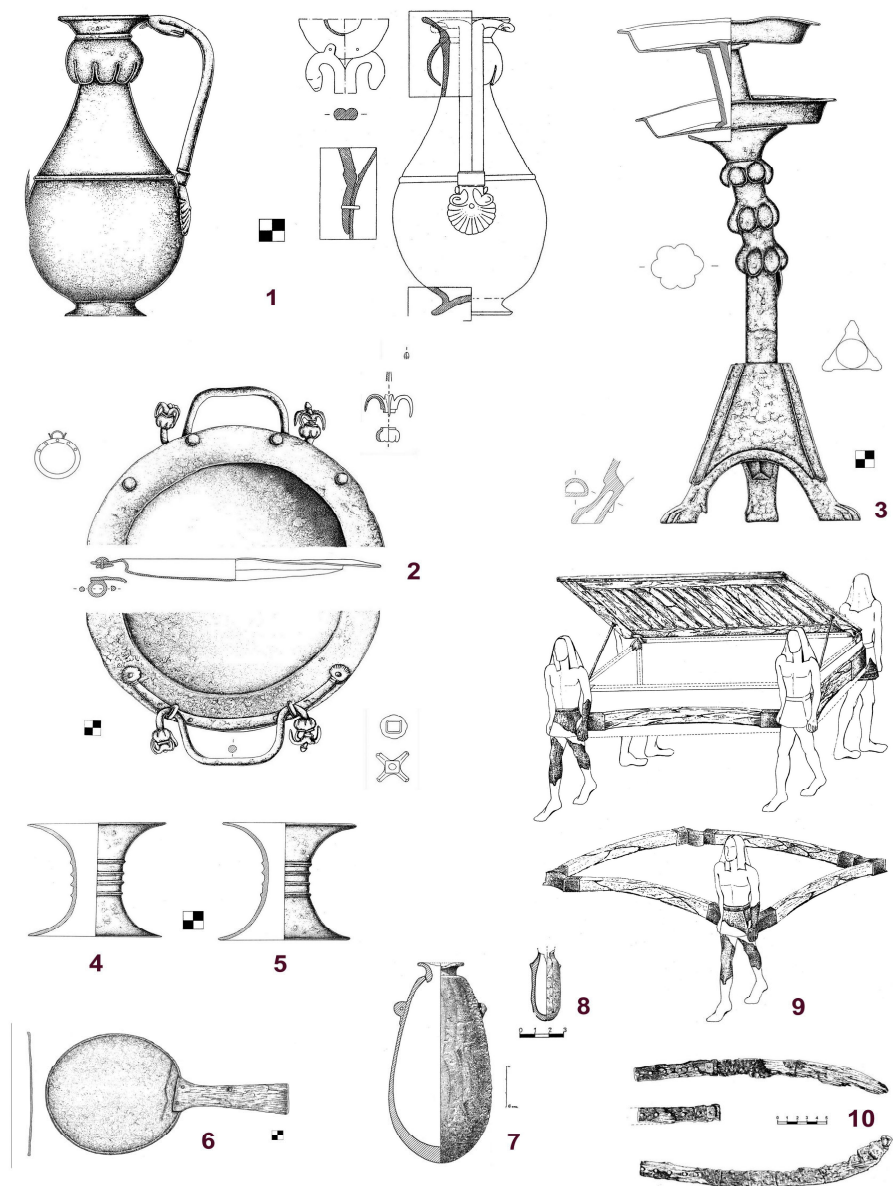


Figura 7. La Joya (Huelva), ajuar de la tumba 17. 1-3. Equipo ritual de jarro, aguamanil y timiaterio (Jiménez Ávila, 2002, láms. V,8 y VI,8); 4 y 5. Soportes de bronce; 6. Espejo (*ib.*, lám. XXVII, 58-59 y LXII, 171); 7 y 8. Envases de alabastro (Garrido y Orta, 1978, fig. 68); 9. Arqueta de marfil; 10. Cuchillos de hierro (*ib.*, figs. 65 y 64, respectivamente).

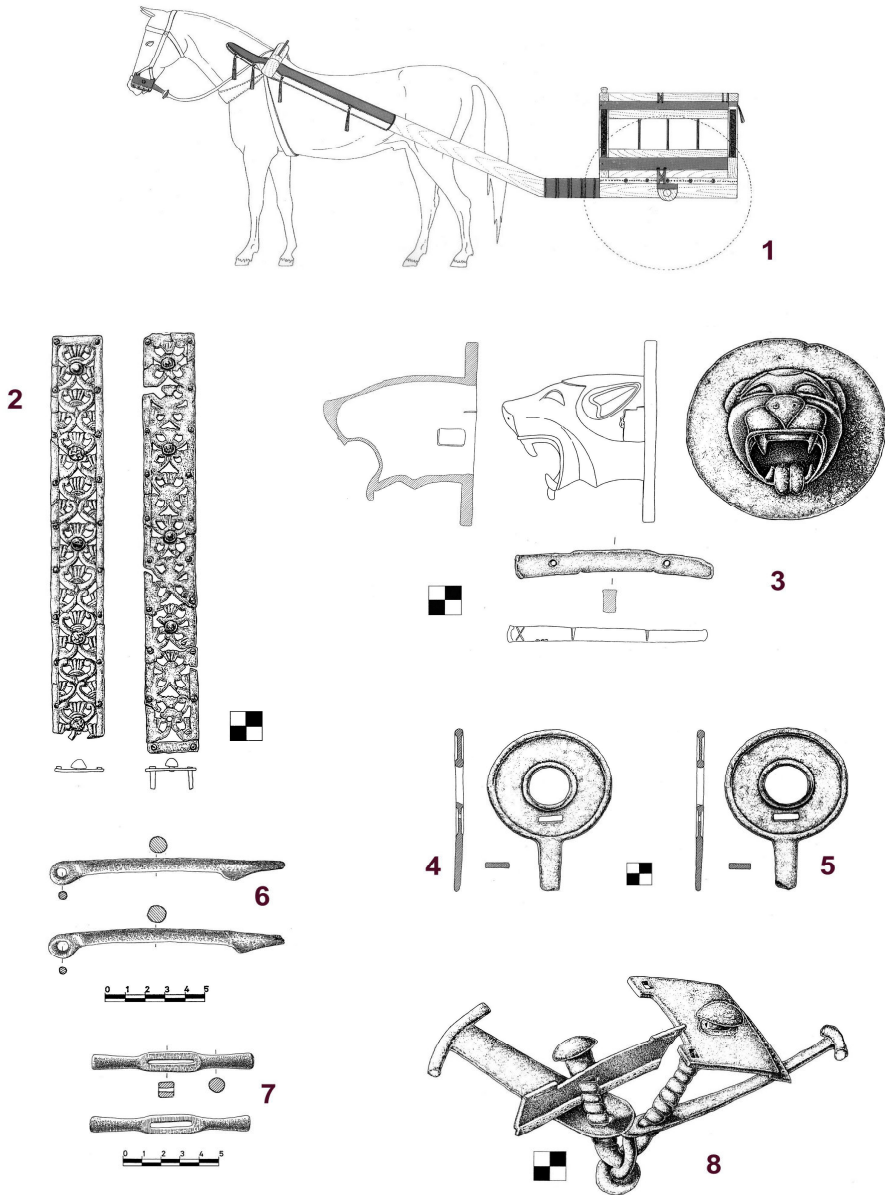


Figura 8. La Joya (Huelva), reconstrucción y elementos metálicos del carro de la tumba 17. 1. Reconstrucción del carro (Jiménez Ávila, 2018: fig. 11); 2. Placas de revestimiento; 3. Bocín zoomorfo; 4-5. Pasariendas; 6 y 7. Piezas relacionadas con la tracción; 8. Bocado de caballo (Jiménez Ávila, 2002: láms. XXXIX, XLII-XLIV).

Armas y vajilla de bronce se asocian en la tumba 16 (Garrido y Orta, 1978: 48-63; para las armas, v. Farnié y Quesada, 2005: 52-53), un enterramiento de cremación (Fig. 6: 1 y 2), aunque en este caso no se trata del set prototípico sino de una exclusiva bandeja decorada a cincel con palmetas de cuenco (Beba, 2002: 95-99, fig. 58), y también en el túmulo 2 del sector Santa Marta/Parque Moret (Garrido, 2000: 1205 y 1208; 2005; Beba, 2008: 72-79), donde el jarro piriforme, al igual que en la tumba 5, ha sido sustituido por uno de tipo “rodio”. Si aceptamos el componente masculino del conjunto ritual de bronce y de las armas, tendríamos que concluir que en todas estas tumbas principescas se enterró un varón de alto rango, alguno quizás en compañía. Sin embargo, la condición de tumba doble solo parece segura en el caso de la tumba 9 (cf. Ruiz Mata y Pérez, 1995: 184). Se excavó en la parte superior de la ladera oeste y podría ser la más antigua de la necrópolis (Beba, 2008: 132, fig. 86). En la memoria de excavación, Garrido y Orta (1978: 39) hablan de dos enterramientos, una cremación y una inhumación, sin entrar en detalles sobre si pudieron ser simultáneas o sucesivas, o sobre su relación espacial. En una nota posterior (Garrido *et al.*, 2000: 1806), se dice que “el personaje inhumado coexiste con una cremación *in situ* colocada a los pies del cadáver”. Del individuo inhumado, probablemente un adulto joven, se señala que yacía “sobre un escudo de bronce”, que resultó ser la habitual vasija abierta con asas, pero única en su género, probablemente de importación oriental (Jiménez Ávila, 2002: 129). Junto a él había un cuchillo de hierro con clavos de plata, igual que los depositados en las tumbas 17 y 18. A la inhumación se asocian también un frasco de alabastro, cuatro placas de marfil, que junto con clavos del mismo material y dos pequeños tiradores podrían pertenecer a una caja, cuatro cuencos pequeños con decoración geométrica bruñida, quizá hechos a molde (Fig. 9, 1 y 2), que se habían depositado a la altura del hombro derecho del cadáver, y una pieza de marfil de sección oval y 15 cm de longitud, que en el extremo que se conserva termina en un pomo semiesférico. El autor del estudio (Garrido, 1970: 71, fig. 34) sugiere que podría ser “un bastón de mando”, una insignia de poder, pero otros consideran más probable que fuera el mango de un *flabellum*, uno de los objetos de prestigio que se difundió entre las aristocracias mediterráneas durante la etapa orientalizante (Almagro Gorbea, 2008: 478). Con los restos de la cremación, se hallaron un torques de bronce y un collar con colgantes de oro que la persona difunta llevaba al cuello, junto con un escarabeo y cuentas de collar. A la altura de la cintura se recogió un broche de broche de cinturón bronce de cuatro garfios que conservaba hilos de tela de lino adheridos.

Separados de los cadáveres, se depositaron tres ánforas fenicias de producción occidental de tipo Ramon 10.1.2.1, tres grandes vasos hechos a mano (Fig. 9, 4), seis platos a torno de engobe rojo y 16 modestos cuencos de alfarería a mano (Fig. 9, 3), que cabe interpretar como envases para comida y bebida y vajilla del banquete funerario.

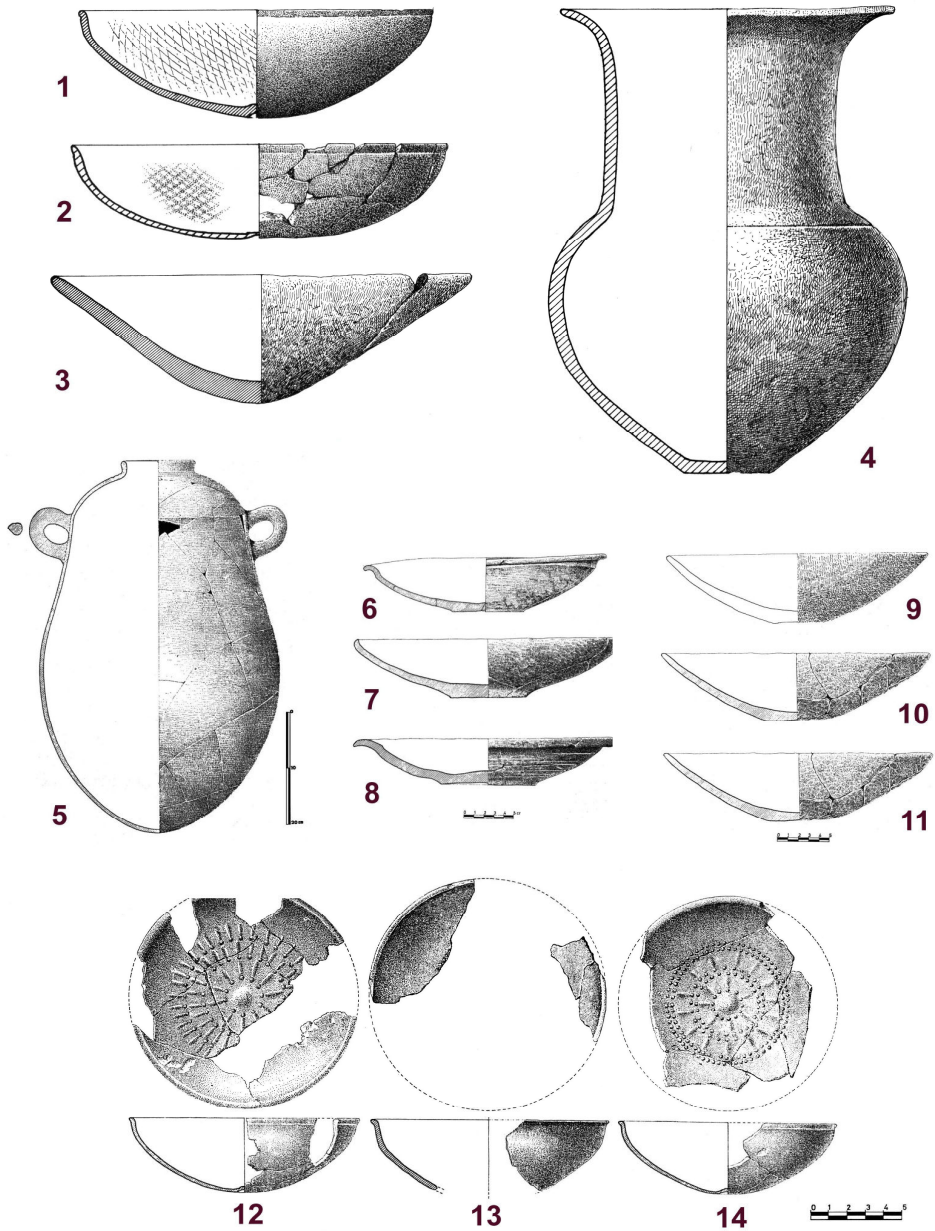


Figura 9. Cerámica a mano, molde y torno de las tumbas 9 (1-4), 17 (5-11) y 18 (12-14) de la Joya (Huelva) (Garrido y Orta, 1978).

Aunque no hay datos antropológicos que lo garanticen, la composición de los ajuares ha llevado a considerar masculino al individuo inhumado y femenino al cremado. Sobre la interpretación de la vajilla ritual de bronce como equipo masculino ya hemos tratado, veamos ahora los signos de género en la cremación. Joyas y escarabeos se asocian con frecuencia a mujeres, como se ha constatado mediante estudios antropológicos en la necrópolis de La Angorrilla (López Flores, 2014: 599; Bandera y Ferrer, 2014: 451) y lo mismo ocurre, aunque no siempre, con los broches de varios garfios (Ferrer y Bandera, 2014: 413; *cf.* Belén, 2012: 186-187).

En resumen, en las 11 tumbas “principescas” que hemos comentado con algún detalle, y haciendo una lectura en clave de género no exenta de riesgos, habría mayoritariamente varones: Cañada de Ruiz Sánchez, El Palmarón, las tumbas 5, 17, 18 de la Joya y el túmulo 2 del sector de Parque Moret, a las que habría que añadir la tumba 30 de La Angorrilla y el individuo inhumado en la tumba 9 de la Joya. Probablemente femeninas suponemos la tumba de Alcantarilla, el túmulo H de Setefilla y las acompañantes de los prohombres que yacían en la tumba 9 de la Joya y en el túmulo G del Acebuchal. Todas ellas, en menor o mayor grado, son exponentes de los cambios ideológicos, económicos y sociales que el contacto colonial fomentó en Tartessos.

4. EPÍLOGO

Las tumbas aristocráticas documentan la adopción de una nueva ideología entre las elites de la Edad del Hierro Antiguo que conllevó cambios en sus costumbres, en sus relaciones sociales y en sus prácticas funerarias. El referente del nuevo estilo de vida fueron las realezas orientales, de la franja levantina, de Anatolia y de Chipre. El fenómeno tuvo una dimensión panmediterránea y se manifiesta con fuerza en la etapa histórica que llamamos Orientalizante, con matices y ritmos diferentes en las distintas regiones afectadas. Desde el Egeo al Atlántico, los intercambios comerciales y la movilidad de personas facilitaron la difusión de formas de exaltación del poder mediante la exhibición de riqueza y el uso de símbolos cuya eficacia política estaba más que probada en sus lugares de origen. La acumulación ostentosa de manufacturas de lujo, exclusivas, algunas probablemente importadas -los tejidos del túmulo de Alcantarilla, el aguamanil de la tumba 9 de la Joya, la arqueta de la tumba 17 o los jarros “rodios” de la misma necrópolis-, otras de producción hispano-fenicia personalizada -no hay jarros ni “braseros” iguales-, son indicativos del prestigio, poder y riqueza de los grupos sociales privilegiados. En la exhibición del estatus cobran también visibilidad y relevancia social las mujeres. La manipulación ideológica de lo que los materiales orientales significaban cambió las relaciones de poder y las identidades locales (Riva,

2011: 66), pero la cantidad y variedad de cerámica a mano que hay en las tumbas más ricas de La Joya, alguna fina y de calidad, como las imitaciones de las copas metálicas que se hallaron en la tumba 18 (Garrido y Orta, 1978: figs. 92-93) (Fig. 9, 12-14), pero la mayor parte de una tosquedad llamativa, suponen un claro guiño a los orígenes, a la pertenencia a un linaje; de otra forma, resulta difícil entender la modesta vajilla que se usó en el banquete fúnebre.

El tema de las identidades nos lleva de vuelta a la problemática que comentábamos en el apartado introductorio de este trabajo. No es cuestión de negar a estas alturas la presencia de comunidades orientales en Tartessos, pero si en algo hay cierto consenso entre los investigadores es en que las llamadas tumbas “princípescas” no son fenicias (v.g. Domínguez Monedero, 2007: 293). Los objetos no son por sí mismos los mejores indicadores de etnicidad, sino el uso que hace de ellos cada comunidad (Delgado, 2014: 280; Marzoli, 2019: 303). Un análisis comparativo de la arquitectura y depósitos fúnebres de fenicios y autóctonos en el sur peninsular pone de manifiesto las diferencias entre unos y otros, que no son solo de carácter material, sino funcionales y simbólicas (Jiménez Ávila, 2012: 235). Los mercaderes fenicios introdujeron en sus espacios coloniales prácticas sociales propias de la aristocracia oriental (Frankenstein, 1997: 186-187; López Castro, 2005: 411) que incentivaron la acumulación de bienes suntuarios entre las elites locales y la difusión de una iconografía del poder ampliamente compartida por las aristocracias durante los siglos VII y VI a.C. (Aubert, 2005: 119). Un nombre personal inscrito sobre varias piezas del ajuar de una de las más ricas tumbas etruscas -la Regolini-Galassi- certifica de forma inequívoca la ascendencia local de la propietaria (v.g. Sannibale, 2008: 87).

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, A. M. (1995): “À propos de quelques récipients du service funéraire étrusque (VIe-IVe siècle avant J.C.)”, en J. R. Jannot (dir.): *Vaisselle métallique, vaisselle céramique. Productions, usages et valeurs en Étrurie*, *Revue des Études Anciennes*, 97 (1-2), pp. 103-113.
- ALFARO, C. (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXI, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- (2008): “Objetos de marfil y hueso”, en M. Almagro Gorbea (dir.): *La necrópolis de Medellín, II. Estudio de los hallazgos*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, 26 (2), Madrid, pp. 401-512.
- ÁLVAREZ, M. (2010): “Tartessos: un etnónimo de la Iberia púnica”, *Mainake*, XXXII (1), pp. 395-406.

- ÁLVAREZ, M. y FERRER, E. (2009): “Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial”, en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), pp. 165-204.
- AMORES, F. y FERNÁNDEZ CANTOS, A. (2000): “La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)”, en C. Aranegui (ed.): *Argantonio, rey de Tartessos*, Sevilla, pp.157-163.
- AUBET, M.^a E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona. (1978): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*, Barcelona.
- (1984): “La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante”, *Opus*, III, 2, pp. 445- 468.
- (1995): “Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica”, en D. Ruiz Mata (coord.), pp. 401-409.
- (2005): “El Orientalizante: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales”, en S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 117-128.
- AUBET, M.^a E., BARCELÓ, J. A. y A. DELGADO. (1996): “Kinship, Gender and Exchange: The Origins of Tartessian Aristocracy”, en A. M. Bietti Sestieri (ed.): *The Iron Age in Europe. Colloquium XXIII. International Union of Prehistoric and Protohistoric Sciences*, Forli, pp. 145-159.
- BANDERA, M.^a L. DE LA y FERRER, E. (2014): “Las joyas y adornos personales”, en A. Fernández Flores Á. Rodríguez Azogue, M. Casado y E. Prados (coords.), pp. 429-475.
- BARTOLONI, G. (2003): *La società dell’Italia primitiva. Lo studio delle necropoli e la nascita delle aristocrazie*, Roma.
- BEBA, S. (2008): *Die tartessischen “Fürstengräber” in Andalusien*, Bochumer Forschungen zur prähistorischen Archäologie, 1, Rahden/Westf.
- BELÉN, M. (1995): “El yacimiento tartésico de Niebla (Huelva)”, en D. Ruiz Mata (coord.), pp. 359-379.
- (2001): “La cremación en las necrópolis tartésicas”, en M.^a R. García Huerta y J. Morales (coords.): *Arqueología funeraria: Las necrópolis de incineración*, Cuenca, pp. 37-78.
- (2012): “Mujeres en las necrópolis tartésicas”, en L. Prados Torreira (ed.) y C. López-Ruiz y J. Parra (coords.), pp. 178-200.
- BOISSINOT, Ph. (2008): “Genres et identités au risque de l’archéologie. Le cas de la Protohistoire”, en P. Jacquet-Rimassa (coord.): *Voyages en Antiquité. Mélanges offerts à Hélène Giraud*, Pallas, 76, Toulouse, pp.137-149.
- BONSOR, G. E. (1899): *Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis*, *Revue Archéologique*, XXXV, París.
- (1997): *Las colonias agrícolas prerromanas del Valle del Guadalquivir*, traducción y estudio preliminar de J. Maier a la edición de 1899, Écija.
- BONSOR, G. E. y THOUVENOT, R. (1928): *Nécropole ibérique de Setefilla. Lora del Río (Sevilla)*. *Fouilles de 1926-1927*, Bibliothèque de l’École des Hautes Études Hispaniques, 14, Burdeos-París.

- BRANDHERM, D. y KRUEGER, M. (2017): “Primeras determinaciones radiocarbónicas de la necrópolis de Setefilla (Lora del Río) y el inicio del periodo orientalizante en Andalucía occidental”, *Trabajos de Prehistoria*, 74 (2), pp. 296-318.
- CAMPOS, J. M. y ALVAR, J. (eds.). (2013): *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba
- CELESTINO, S. (2008): “Tartessos”, en F. Gracia (coord.): *De Iberia a Hispania*, Barcelona, pp. 3-345.
- (2014): *Tarteso. Viaje a los confines del Mundo Antiguo*, Madrid.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.). (2005): *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de AEspA, XXXV, Mérida.
- CELESTINO, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2017): “Tarteso: una cultura entre el Atlántico y el Mediterráneo”, en S. Celestino (coord.): *La Protohistoria en la península Ibérica. Historia de España, II. Historia Antigua*, Madrid, pp. 13-147.
- CELESTINO, S. y LÓPEZ-RUIZ, C. (2020): *Tarteso y los fenicios de Occidente*, Córdoba.
- DELGADO, A. (2014) : “Cultura material, etnicidad y contacto cultural en la arqueología tartésica”, en E. García Alfonso (ed.): *Movilidad, contacto y cambio, II Congreso de Prehistoria de Andalucía*, Sevilla, pp. 79- 292.
- DOMÍNGUEZ, A. J. (2007): “Tarteso”, en E. Sánchez Moreno (coord.): *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Las fuentes y la Iberia colonial*, Madrid, pp. 227-315.
- ESCACENA, J. L. (2011): “Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antisencialismo darwinista”, en M. Álvarez (ed): *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas*, BAR International Series, 2245, Oxford, pp. 161-192.
- (2013): “El espejismo tartésico”, en J. M. Campos y J. Alvar (eds.), pp. 137-196.
- (2017): “Cuando todo acabó. Un final para el mundo tartésico”, *Desperta Ferro Arqueología & Historia*, 12, pp. 52-57.
- FARNIÉ, C. y QUESADA, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Monografías del Museo de arte ibérico de El Cigarrajejo, 2, Murcia.
- FERNÁNDEZ FLORES, A., RODRÍGUEZ AZOGUE, A., CASADO, M. y PRADOS PÉREZ, E. (coords.). (2014): *La necrópolis de época tartésica de la Angorrilla Alcalá del Río*, Sevilla.
- FERRER, E. y BANDERA, M.^a L. DE LA. (2014): “Los broches de cinturón”, en A. Fernández Flores Á. Rodríguez Azogue, M. Casado y E. Prados (coords.), pp. 403-428.
- FERRER, E. y PRADOS PÉREZ, E. (2013): “Tarteso, de ciudad a imperio (O sobre la creación de identidades ficticias)”, en J. M. Campos y J. Alvar (eds.), pp. 395-414.
- FRANKENSTEIN, S. (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Barcelona.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y BELLÓN, J.P. (2009): “Pueblos culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, II: de la posguerra al cambio de siglo”, en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), pp. 51-74.

- GARRALDA, M.^a D. y MUÑOZ, M.^a A. (1997): “Datos antropológicos de la necrópolis orientalizante de ‘La Joya’ (Huelva, España)”, *Estudios de Antropología Biológica*, 7 (1), pp. 145-160.
- GARRIDO, J.P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de “La Joya”, Huelva, (1ª y 2ª Campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 71, Madrid.
- (2005): “El túmulo número dos en el conjunto orientalizante de la necrópolis de La Joya (Huelva, España) y su influjo fenicio”, en A. Spanò Giammellaro (coord.): *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Palermo, pp. 1203-1215.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, E. M.^a (1978): *Excavaciones en la Necrópolis de “La Joya”, Huelva II (3ª, 4ª y 5ª Campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid.
- (1989): *La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva*, Huelva.
- GARRIDO, J. P., GARRALDA, M.^a D., MUÑOZ, A. y ORTA, E. M.^a (2000): “Sobre las inhumaciones de la necrópolis orientalizante de la Joya, Huelva: problemáticas y perspectivas”, en M. Barthélemy y M.^a E. Aubet (coord.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 4, Cádiz, pp. 1.805-1.810.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16, Madrid.
- (2006-07): “La vajilla de bronce en la Edad del Hierro del Mediterráneo occidental: procesos económicos e ideológicos”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 16-17, pp. 300-309.
- (2012): “Fenicios e indígenas en Iberia: arquitecturas y ritos funerarios”, en P. Bernardini y M. Perra (coords.): *I nuragici, i fenici e gli altri. Sardegna e Mediterraneo tra Bronzo Finale e Prima Età del Ferro*, Sassari, pp. 221-239.
- (2014): “Los bronce rituales de la tumba 30”, en A. Fernández Flores Á. Rodríguez Azogue, M. Casado y E. Prados (coords.), pp. 509-534.
- (2018): “The chariot from tomb 17 in the Orientalizing cemetery of La Joya, Huelva (1971-2016)”, en M. Botto (ed.): *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*, Roma, pp. 183-215.
- JIMÉNEZ FLORES, A. M.^a (2002): *Pueblos y tumbas. El impacto oriental en los rituales funerarios del Extremo Occidente*, Écija.
- KRUEGER, M. (2008): “Valor, prestigio e intercambio. Los métodos ante la teoría”, *Herakleion*, 1, pp. 7-19.
- (2009): “Algunas reflexiones metodológicas acerca de la arqueología de Tartessos”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 22, pp. 201-209.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2005): “Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio”, en S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 405-422.
- LÓPEZ FLORES, I. (2014): “Estudio antropológico de la necrópolis de la Angorrilla”, en A. Fernández Flores, Á. Rodríguez Azogue, M. Casado y E. Prados (coords.), pp. 557-604.

- MAIER, J. (1996): “La necrópolis tartésica de Bencarrón (Mairena del Alcor/Alcalá de Guadaira, Sevilla) y algunas reflexiones sobre las necrópolis tartésicas de Los Alcores”, *Zephyrus*, 49, pp. 147-168.
- MARZOLI, D. (2019): “La posición de Ayamonte en la ecúmene fenicia occidental”, en R. Marzoli y E. García Teyssandier (eds.): *La necrópolis fenicia de Ayamonte*, Sevilla, pp. 282-302.
- MARTÍN, J. A. (1996): *Las sepulturas principescas del periodo orientalizante tartésico*, Málaga.
- ORTA, E. M.^a y GARRIDO, J. P. (1963): “La tumba orientalizante de La Joya, Huelva”, *Trabajos de Prehistoria*, XI, pp. 7-36.
- PADILLA, A. (2014): “Algunas notas sobre la figura de Argantonio y sus elementos míticos”, *Archivo Español de Arqueología*, 87, pp. 7-20.
- PEREA, A. (2006): “Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino en la sociedad ibérica”, *MARQ Arqueología y Museos*, 01, pp. 49-68.
- PRADOS TORREIRA, L. (ed.) y LÓPEZ-RUIZ, C. PARRA, J. (coords.). (2012): *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género. II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género en la UAM*, Madrid.
- QUESADA, F. (1998): “From quality to quantity: wealth, status and prestige in the Iberian Iron Age”, en D. Bailey (ed.): *The Archaeology of Value*, BAR International Series, 730, Oxford, pp. 70-96.
- (2005): “Carros en el Mediterráneo Antiguo: de los orígenes a Roma”, en Teresa Andrada-Wanderwilde (coord.): *Historia del carruaje en España*, Madrid, pp.16-71.
- (2008): “Two-wheeled light chariots, carts and wagon in the Iberian Peninsula during the Iron Age”, en *Origin and spreading of chariots. Collection of scientific articles*, Lugansk, pp. 297-316.
- (2012): “Mujeres, amazonas, tumbas y armas: una aproximación transcultural”, en L. Prados Torreira, C. López-Ruiz y J. Parra (coords.), pp. 317-364.
- RAMON, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*, Colección Instrumenta 2, Barcelona.
- REVERTE, J.M. (2008): “Análisis antropológico y paleopatológico”, en M. Almagro Gorbea (dir.), *La Necrópolis de Medellín*, tomo III, Biblioteca Archaeologica Hispana 26-3, Madrid, pp. 795-832.
- RIVA, C. (2011): *La urbanización de Etruria. Prácticas funerarias y cambio social, 700-600 a.C.*, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I y DUQUE, D. M. (2015): “El Tesoro de Aliseda: aproximación a su contexto arqueológico y a su tiempo histórico”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. M. Duque (eds.): *El tiempo del Tesoro de Aliseda. II. Aproximación a su contexto arqueológico*, Cáceres, pp. 205-224.
- ROUILLARD, P. y SOURISSEAU, J. Chr. (2010): “Entre chronologies et chronologie: le VII^e s.”, en R. Étienne (ed.): *La Méditerranée au VII^e siècle av. J.-C. (essais d'analyses archéologiques)*, Paris, pp. 27-38.

- RUIZ DE ARBULO, J. (1996): “La asociación de jarras y palanganas de bronce tartesias e ibéricas: una propuesta de interpretación”, *Revista de Estudios Ibéricos*, 2, pp. 173-200.
- RUIZ DELGADO, M. M.^a (1989): “Las necrópolis tartésicas. Prestigio, poder y jerarquías”, en M.^a E. Aubet (dir.): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 247-286.
- RUIZ MATA, D. (coord.). (1995): *Tartessos 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J. (1995): “Aspectos funerarios en el mundo orientalizador y colonial de Andalucía occidental”, en C. Fernández, F. Pérez y R. Fábregas (eds.): *Arqueología da Morte. Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Xinz de Limia, pp. 169-221.
- SÁNCHEZ ANDREU, M. (1994): *Las necrópolis tumulares de Los Alcores (Sevilla)*, Cádiz.
- SANNIBALE, M. (2008): “La Tumba Regolini-Galassi”, en *Príncipes etruscos. Entre Oriente y Occidente*, Barcelona, pp. 84-87.
- TESTART, A. (2007): “Enjeux et difficultés d’une archéologie sociale du funéraire”, en L. Baray, P. Brun, A. Testart (dir.), *Pratiques funéraires et sociétés. Nouvelles approches en archéologie et en anthropologie sociale: Actes du colloque interdisciplinaire de Sens 12-14 juin 2003*, Dijon, pp. 9-13.
- TORRECILLAS, J. F. (1985): *La necrópolis de época tartésica del “Cerrillo Blanco” (Porcuna-Jaén)*, Jaén.
- TORRES, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*, Madrid.
- (2002): *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14, Madrid.
- (2005): “Las necrópolis tartésicas”, en A. González (coord.): *El mundo funerario, Actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guadamar del Segura, 3-5 de mayo de 2002*, Alicante, pp. 425-455.
- (2017): “El paisaje funerario de las necrópolis tartésicas”, en St. Adroit y R. Graells (eds.): *Arquitecturas funerarias y memoria: la gestión de las necrópolis en Europa occidental (ss. X-III a.C.)*, Actas del Coloquio celebrado del 13-14 marzo 2014 en la Casa de Velázquez (Madrid), Venosa PZ, pp. 359-398.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a. C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12, Barcelona.
- WULFF, F. y ÁLVAREZ, M. (eds.). (2009): *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga.

María BELÉN DEAMOS

<http://orcid.org/0000-0002-6489-7473>

belendeamos@us.es